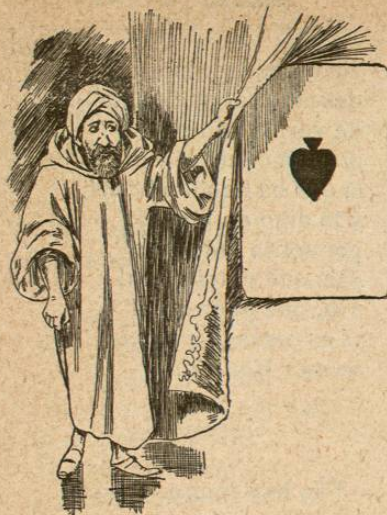
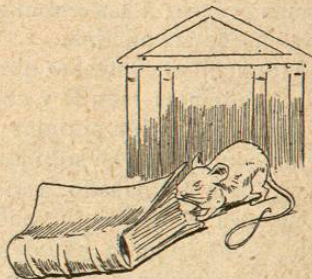


bierno que se decidiera á enviar á las prenderías esos casacones y espadines que tan caros nos cuestan!

Una estatua —y de las buenas, no de las que encarga el Gobierno á los paniaguados—merecería el ministro de Fomento que dijera de una vez:

—Para las instituciones modernas, útiles y fecundas, como la Escuela Central de Artes y Oficios, *oro y plata*. Para las antiguallas huera y estériles, como la Academia de la Lengua, *cobre... ó nada*.

Octubre de 1889.



LETRILLA

AL ESTILO ANTIGUO

¿Conque se jugaba?
¡Nunca lo creí!
¿Conque se rendía
culto al vicio vil?
¿Conque era un infundio
lo de perseguir
sin paz y sin tregua,

sin reposo y sin
descanso al que gusta
de verlas venir?
¡Bonita campaña
la que ha hecho el *cadi*,
y lo digo en moro
por ser lo más *chic*!
¡Oh, qué patria rica!
¡Oh, qué buen país!
*¡Las cosas que pasan
en este Madrid!*

—
“No hay juego — decía
la esposa feliz, —
y Juan ya no pierde
ni un maravedí.,
Los padres, tranquilos
estaban al fin,
y al *cadi* ensalzaban
con elogios mil.
Pero viene Thémis,
descorre el tapiz,
tira de la manta,
y exhibe al país
un pastel que, vamos,
no hay más que pedir.
Y esposas y padres
exclaman así:

*¡Las cosas que pasan
en este Madrid!*

—
“El *cadi* dimite., —
dicen por ahí; —
y yo digo al paño:
“¡Qué ha de dimitir!
Todo eso no vale
ni un grano de anís.
¿Hay que armar por nada
la de San Quintín?
Si Thémis astuta
logró descubrir
barajas en donde
no las vió el *cadi*,
cuestión es tan sólo
de dar en el *quid*,
y no todos huelen
con igual nariz
*las cosas que pasan
en este Madrid.*.,

—
Cosas y personas
no es fácil medir
con igual rasero
ni aquí ni en Pekín,

y la prueba ¡oh Fabio!
 la da el pobre Gil,
 yendo al "Abanico,"
 desde el *Club Petit*,
 al paso que el noble
 prócer don Joaquín,
 que hacía lo propio
 que aquel infeliz,
 sigue en el *Grand Club*,
 y se echa á reir
 de Thémis, diciendo,
 mientras juega un *whist*:
*¡Las cosas que pasan
 en este Madrid!*

Octubre de 1889.



PICTORIBUS ATQUE DIPLOMATICIS...

AQUEL poder para atreverse á todo (*potestas quilibet audendi*) que Horacio concedía por igual á los pintores y á los poetas, le han disfrutado estos días en competencia diplomáticos y pintores, representados los primeros por el encargado de negocios de España cerca de la Santa Sede, y los segundos por el director de nuestra Academia de Bellas Artes en Roma.

Los lectores de *El Liberal* conocen el origen de lo que ya ha recibido el nombre de "cuestión Palmaroli."

Hallábase el secretario de la embajada en Roma en el estudio de nuestro compatriota el ilustre escultor Querol, y poco después de su llegada, se presentó el Sr. Palmaroli en el mismo lugar.

Descubrióse este último, conservando el sombrero en la mano, y entonces el diplomático, que estaba cubierto, invitó al director de la Academia á que le imitase.

— Gracias—diz que repuso Palmaroli;— pero tengo la costumbre de descubrirme cuando me hallo en el estudio de cualquier artista español.

Inde iræ!

De ahí el arrebató—poco diplomático en verdad—del encargado de negocios; las órdenes que dió á Palmaroli, y que éste no se creyó en el caso de obedecer; la suspensión de empleo dictada por el representante de España contra el director de la Academia, y, por fin, la desautorización de tal medida por el ministro de Estado.

En esa lid de pintores y diplomáticos, la diplomacia ha quedado vencida, y por esta vez se ha desmentido aquello de que

á Roma se va por todo,
pero por narices, no;

porque á nuestro encargado de negocios en el Vaticano (es decir, al de ustedes, pues

yo no tengo allí negocio alguno) le acaba de dejar el Gobierno con un palmo de narices.

Los *artistoni*, triunfantes y orgullosos, exclaman:

—¿Qué se habían figurado esos caballeros cubiertos? Si quieren, que se cubran delante del rey... Para nosotros no hay más grandes de España que nuestros maestros.

Y dicen los otros, no los que pintan, sino los que la pintan:

—¡Qué presunción! ¡Qué vanidad! ¡Qué insolencia! Estos pintamonas se figuran ser los reyes del mundo.

Y lo son.

El emperador Carlos V les dió la alternativa de tales (y el mayor pecado del diplomático consiste en haberlo olvidado), cuando en presencia de sus cortesanos, pasmados ante las consideraciones que el poderoso monarca tributaba á su gran retratista recogió el pincel que se le había escapado á Ticiano de entre los



dedos, diciendo afable y cortésmente, para calmar la confusión del pintor:

—¿No puede Ticiano ser servido por César?

De entonces acá, César ha bajado y Ticiano ha subido, hasta el punto de que ya no es el soberano quien recoge el pincel del artista.

El pintor es quien recoge el cetro que se le escapa de entre las manos al rey... Lo que hay es que no se lo devuelve.

Se queda con él, y los que salimos de un despotismo para entrar en otro, tenemos que descubrirnos respetuosamente ante el nuevo ungido del Señor.

(Los pintores y los reyes se parecen también en que los consagra... el óleo.)

Tres reyes—á los cuales no llamaré magos, porque en vez de aportar dádivas, se las llevan,—imperan y dominan en nuestra sociedad.

Su Majestad el Tenor;

Su Majestad el Pintor;

Su Majestad el Matador.

Un par de notas brillantes en la voz, un par de toques sorprendentes con el pincel, un par de estocadas por todo lo alto, bastan aquí para obtener la gloria y la fortuna que niega una sociedad frívola y decadente al talento fecundo y la labor continua, siem-

pre que el *divo* de la romanza, de la paleta ó del estoque sepa reservarse y atender sólo al futil capricho del "dilettantismo".

Un torero muy conocido dice á todo el que lo quiere oír:

—Mi mayor delicia consistiría, después de haber toreado por la tarde, en ir al Real por la noche y cantar de tenor en *Los Hugonotes* ó *La Favorita*.

Al hombre le falta añadir:

—Y al día siguiente por la mañana, coger los pinceles y ¡zis! ¡zás! dar un volapié á lo Fortuny ó un *do* de pecho á lo Villegas.

De esto á ceñirse una tiara con sus tres coronas, no hay más que un paso.

Quizás sea eso el temido y anunciado Anticristo... ¡Un hombre que junte á la deslumbrante majestad del Tenor, el augusto prestigio del Pintor y la divina aureola del Matador!



¡Sumar en una sola esas tres potencias del alma (del alma de nuestra sociedad)! Cobrar miles, y miles, y miles de duros por unas notas más ó menos vibrantes, unas escotadas más ó menos certeras, y unas manchas de color más ó menos exactas! He ahí el bello ideal de la ambición humana.

El de la justicia humana ya saben ustedes cuál era en tiempo de *Ibrahim Clarete*. Pero no es mi ánimo remedar ni plagiar la frase de González Brabo á costa de los tiranos modernos; y eso que la ocasión sería propicia, hallándonos en pleno Centenario de la gran Revolución del 89. Nada de rebeliones por ahora, aunque es seguro que viene y se aproxima á todo escape

la ora del grande a'án
y los grandes desagravios.

Permitaseme tan sólo hacer notar que las primeras manifestaciones de emancipación proceden de un individuo de la diplomacia, gente apegada cual ninguna otra á la tradición, la rutina y el convencionalismo.

Y adviértase igualmente que la lección dada con tan genial desenfado al representante de España, procede de un académico; circunstancia que no es la que suele traer aparejados mayores alardes de independencia y afición á buscar pan de trastrigo.

¿Quién ha sido más audaz? ¿El pintor ó el diplomático?

Digamos en disculpa del caballero cubierto, que los estudios de los escultores no suelen ser tan "confortables," como los de los pintores; y conste asimismo, en abono y aplauso del pintor, que no invocó aquellas preeminencias y prerrogativas en favor de un colega, sino de un escultor, cosa poco frecuente en los hijos de Apeles y Zeuxis, por lo mismo que los de Fidias y Praxiteles, desdeñados, mal pagados y peor entendidos, rinden culto con más ahinco á la

*forma ideal, purissima,
della bellezza eterna,*

como cantan en *Mefistofele*.

Fuera de eso, la "cuestión Palmaroli," es tan interesante, que en Bizancio hubiera hecho las delicias de verdes y azules.

Suplico á los de acá que no me pongan á mí verde ni azul.

Noviembre de 1889.

